

constataciones *a priori*. Si buscamos éstas, en definitiva seremos recompensados. Pero el camino, lo dice el poeta, no ha terminado todavía:

Al alba humedecida por el mar y blanca por la escarcha, también, aquí en el Norte, busco lo que en el Sur busqué rodeado de montañas, algo invisible, intocable, no obstante real a los ojos del sueño...

[Insistencia en la busca, pág. 63]

EDGAR O'HARA

¹ Lo proclama ya *Desde el amor nace el poema*: "todo sucede porque dentro habita, con lo visible, lo invisible; con lo real, lo mágico; sueños, imágenes y asociaciones/ en multiplicación del universo/ y en la expansión de cosas infinitas" (pág. 18).

He aquí los eslabones: "cuando nos acompañan viajeros invisibles" (pág. 15); "y luego, amor, hablar de lo que en ti yo amo, que es todo lo visible y todo lo invisible" (pág. 30); "Pero los fuegos invisibles y las visibles llamas" (pág. 34); "Presencias invisibles/ de almas recientemente liberadas" (pág. 51); "en tanto que invisible a tu mirada" (pág. 66); "y manos invisibles olorosas a flores" (pág. 72); "Jamás pienso en la muerte/ -invisible en el aire de su vuelo" (pág. 89).

² Pero es poco lo que podríamos averiguar del primero: "Esparcen por el mundo sueños, lápidas, temores y presentimientos/ cuando se abre la mano del misterio" (pág. 12); "El amor como el mar es un conjuro entonces:/ rostro de misterio" (pág. 32); "voces misteriosas" (pág. 47); "se aproximó al misterio hasta ser su fantasma" (pág. 59); "desolación, misterio, júbilo" (pág. 64).

Y del segundo nos enteramos, con suerte, por algunos efectos: "Señales hay de cimas próximas/ donde el alba descubre un orden mágico" (pág. 14); "Espero un incendio que ha de consumir la mágica profundidad del bosque" (pág. 52).



Sueños sean de la raíz

Glimpses

Mario Jursich Durán

Fundación Guberek, Bogotá-Medellín, 1990

El diccionario bilingüe Collins registra la traducción de la palabra inglesa *glimpse* como 'vislumbre'. Podríamos añadir que en sentido figurado se trata de una conjetura, sospecha o indicio. ¿De qué? De la poesía, obviamente. Mario Jursich Durán nació en el 64 y ha publicado antes *Finisterre* (un apretado racimo, como se dice) en el volumen colectivo *Textos I* en 1987. Los poemas que forman su primer libro "orgánico" fueron escritos entre 1985 y 1988, así que no sería mala idea considerarlos tal vez el preámbulo de un proyecto mayor. O, por qué no, una vislumbre inicial.

El empleo de una palabra inglesa (y, además, no muy conocida dentro del ámbito hispano-hablante) demuestra el interés del poeta por establecer algún tipo de frontera (¿con la tradición colombiana? ¿desde ella?). La sección del libro que le da su nombre está dedicada a William Carlos Williams y a Charles Tomlinson. Este último, poeta británico, ha reconocido la deuda que tiene con el *objetivismo* estadounidense en un libro absolutamente recomendable: *Some Americans. A personal record* (1981), donde explora sus diferentes puntos de contacto (poéticos) con W. C. Williams, L. Zukofsky, G. Oppen y la pintora Georgia O'Keeffe. El parentesco de Jursich con esta vena literaria no es menor tampoco, así como no es inocente la cita que abre todo el libro: "¡Y vemos un árbol, solamente un árbol en la playa insaciable!" (Héctor Rojas Herazo). Ese árbol es definitivamente la tradición en lengua española y también su fronda colombiana. El acto de plantarlo, en el hermoso poema, también con título en inglés, *The giving tree*, nos recuerda no sólo la posibilidad de establecer una raíz sino, además, de emparentarse con otros textos. Por ejemplo, uno de Heberto Padilla que comienza "Estoy mirando cómo creció este árbol.// Ayer mismo —separando los grumos de la tierra—/

lo plantamos, amor,/ (era el último surco)/ y te volviste a mi cuerpo sudoroso/ y murmuraste el nombre de este árbol/ que hoy levanta/ su tamaño sonoro contra el viento..." (*El árbol*, de *El justo tiempo humano* [1962]). El de Jursich acaba de esta manera:

*Este árbol, mujer,
está bajo el dominio del silencio,
pero canta como un ruiseñor en el
desierto.*

*De algún modo es un ave
o un vuelo de ramas
entre la tierra y el firmamento;
de alguna forma se alza y ya es
hombre, símbolo,
una viva lección*

de coraje y esperanza.

*Este árbol, amada,
es tan sólo su nombre
y, no obstante,
contiene toda la verdad del Universo
[pág. 34]*

Pero habría otro, presentido así mismo como un obsequio íntimo. Pertenece al libro *Estancias* (1960) de Javier Sologuren: "Árbol, altar de ramas, de pájaros, de hojas, de sombra rumorosa; en tu ofrenda callada, en tu sereno anhelo, hay soledad poblada de luz de tierra y cielo". Pues bien, *Glimpses* me parece un intento de situarse en la tradición de la lengua a partir de la reescritura de una caída primordial: el ingreso en la poesía. En términos cristianos, la *caída* es la incorporación, vía el Gran Pecado, al tiempo histórico, el devenir. Poéticamente hablando, Jursich le impone a esta entrada una responsabilidad: la trascendencia de las palabras. La tercera parte del libro, "Dos ejercicios bíblicos", es imprescindible como una cervicita helada en el desierto (al diablo no se le ocurrió tentar a Cristo con una chela pero, en fin, ese es otro cantar), ya que a través de ellos asistimos nuevamente al ciclo vida-muerte, y viceversa, "porque el amor es tan fuerte como la muerte/ y el deseo eterno como resurrección" (*Canción del israelita y su esclava*, pág. 43). Me pregunto si estos dos textos quisieran leerse también como la necesidad de la llegada de un mesías poético que saque el látigo y expulse de la tradición colombiana a tantísimos

palabrerros. Y concentrarse, una vez más, en el poema: "El Cuerpo, único, celoso rival de la Muerte" (*Fragmento de la Epístola de San José a los hombres*, pág. 42). Para ello, Jursich juega con los significados de *caída* (siembra, aspiración, proyecto de escritura) y el concepto de 'nutrición' (frutos, agua, polen y flor). El enemigo será, como siempre, "la mancha ciega/ de su grito mortal" (pág. 15), el tiempo:

...para en tierra
caer duramente
[...] cae
para solaz del polvo
en su nuevo
tanteo terrenal
de hombre
[págs. 13-14]

Una hoja cae,
cruza volando
[pág. 15]

¿para qué el pétalo
cayendo
del aire
a la sombra?
[...]
y adentro cae
mi cuerpo...
[pág. 51]

Toda caída implica, pues, estatismo o reivindicación. Dicho de otro modo, lo que cae puede ser levantado, como ocurre en *Apuntes*, donde un par de hombres —uno viejo, el otro joven: ¿encuentro generacional?— "llegaron al parque/ a recoger hojas/ esta mañana" (pág. 47). Igualmente, quien inició la travesía del tiempo y en consecuencia de la muerte (búsqueda histórica del lugar o de sí mismo, como Ulises) puede avizorar también un posible acceso a la sucesión mediante la lucha contra el olvido:

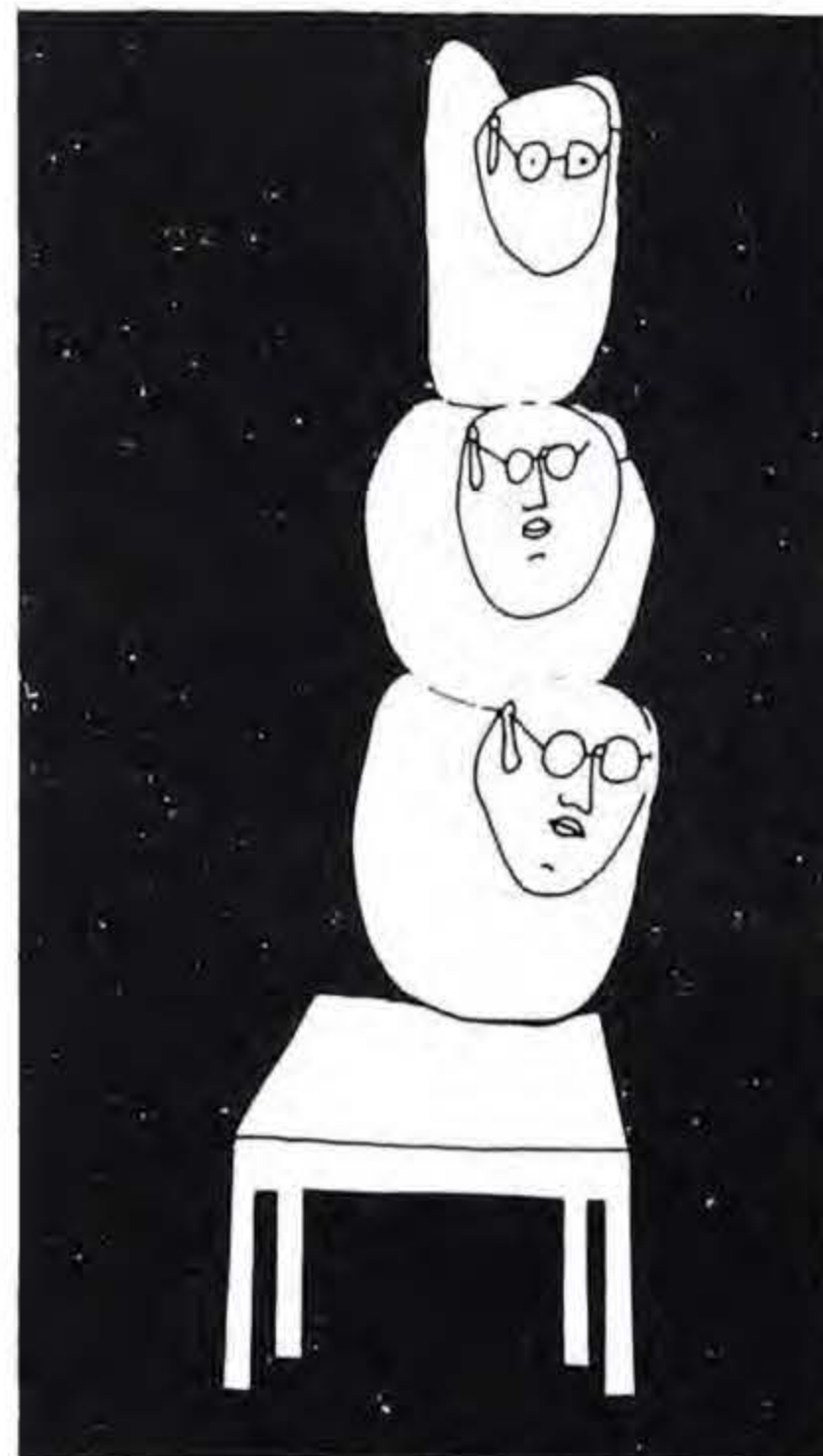
Unos cuerpos fueron crueles como
la muerte,
otros, amargos como el agua
almacenada mucho tiempo;
pero entre todos ellos también
existió
ese cuerpo que fue como el amor
mismo,
existió ese rostro, enajenación de
mis actos,

que yo amé y contemplé y padecí y
obtuve
hasta verlo enconado en mis
propias vísceras de hombre.
[págs. 53-54]

Ese cuerpo, ya lo sabemos, es el poema, la fruta tentadora que nos lleva, al hincarle los dientes, a paladear la contingencia: "y lenta, sabrosamente, // quedar/ con la lengua// oscura, estremecida, empapada// por el sabor de la muerte" (pág. 19). Y "es simple", como afirma su primer verso.

Hay además una composición en prosa, *Brisa*, en la que se juntan todas las vivencias del libro. Conviene citarla completa porque es un índice de las virtudes del autor y una llamada respecto de sus límites:

Había un patio a la orilla del mar,
un tamarindo de amargas hojas y
una historia olvidada de hombres.
Con el verano, la reja se despintaba
y sobre las tumbas el viento cernía
un polvo amarillo. Allí tiramos la
fruta. Allí se pudrió y allí mismo
—vago remedo de la muerte— la
fruta se embozó en la oscura tierra
del silencio. Tal vez fue en ese
momento —o quizá más tarde—,
cuando el sol quemó la mañana con
su hechizo transparente, que tu
mano pidió esa pulpa, que la raíz
del árbol se hizo más larga y que el
polvo, señor de las tumbas, trajo
(para ti únicamente) el fugitivo
sabor de los hombres [pág. 37].



Ya en *Finisterre* (1987) el joven poeta se mostraba como el cultivador de una prosa regida por la agudeza, que implica en su caso (por el tipo de línea en que se inscribe) una confianza en la capacidad crítica del lector. Los mejores momentos de este libro se dan, de hecho, cuando el poema —en verso o en prosa— opera en lo suyo, sin darnos demasiadas pistas. Lo contrario, por mínimo que sea el "exceso", hace que el texto pierda frescura o el "puro, sabroso deleite" (pág. 35). He ahí un problema de representación, ya que ciertas referencias, por más que le pareciesen obligadas al poeta, resultan a largo plazo una especie de lastre. Por ejemplo, en *Concorde*, el magnífico balance entre el pozo, la caída del balde y la pertinente imagen del "líquido con sabor a firmamento" es traicionado (digámoslo así) por la directa mención "del Hades profundo", que desde hacía ratón ya estaba sobreentendido. Y otro tanto ocurre con Trieste, en *Confín*, pues no sabemos si es Trieste con errata o la ciudad de Italo Svevo donde vivió Joyce (pero, de todos modos, el dato no mejora para nada el poema). Lo mismo con Jesucristo en *Canción del israelita...*, porque ya en ese contexto la palabra *nació* apunta inexorablemente al personaje. O ese nombre en el poema sin título que empieza "Como aquel hombre, Ulises, / una vez cruzado el océano, / yo vuelvo / a esta soledad de la isla..." (pág. 53).

En una poética que asienta sus reales en la economía verbal, estas aparentes condescendencias al lector resultan a veces un tiro por la culata. Más aún si el título del conjunto (que *no me parece muy feliz* y que incluso habría quedado mejor en castellano como *Indicios*) tiene patente de corso al respecto. Pero éstas serían minucias. En Mario Jursich las palabras, en "el luminoso fondo del estanque", duplican su valor. Camino a la superficie, a la respiración de quien las recoja.

EDGAR O'HARA

Algo tremendo trepa

El libro de las tredécimas

Jorge Rojas

Instituto Caro y Cuervo, Santafé de Bogotá, 1991, 101 págs.

Se rumora, en voz baja o trepidante, que las postrimerías del siglo XX arrastran, tras su propia extinción inminente, la de muchas cosas y asuntos "prontos a un buen morir, en hora buena". Las formas poéticas son unas de estas tantas pervivencias penosas que serían asunto de curiosos o porfiados, pues la historia hace ya un buen tiempo que desembarazó a las palabras de los pesados moldes que las inmovilizaban, abriendo, en cambio, las puertas a la libertad más radical y provechosa. Así las cosas, la presencia del último libro del poeta Jorge Rojas, publicado por el Instituto Caro y Cuervo en 1991, nos aboca a la mayor sorpresa, no sólo por el excelente y depurado aliento poético que lo sostiene, sino por la circunstancia incontestable de que en manos del artista genuino toda restricción o imposibilidad es simplemente pérdida de tiempo.

El libro de las tredécimas, compuesto por cuarenta y dos poemas sometidos a un "itálico modo" en el que a partir de las cuatro últimas estrofas de la *terza rima*, las tres primeras de ellas de tres versos cada una y la última de cuatro, se componen trece versos asonantados o tredécima, evidencia la voz de un poeta cabal, formado a lo largo y ancho de una prolíja vida humana y literaria, y capaz, no obstante su vasto conocimiento del oficio poético, de enfrentarse al poema con una sencilla transparencia, honda e inmediata. El aire renovador, con el que las entonces jóvenes generaciones de lectores colombianos se encontraron al leer a Jorge Rojas y su grupo de piedracielistas, se mantiene intacto en éste su último libro, porque más allá de formulismos y amaneramientos, lo que alienta a través de sus páginas es un espíritu poético genuino, una voz que descubre y crea en los seres y en los hechos más ruinmente

cotidianos la inexplicable maravilla de ser, de estar siendo, y de dejar de ser.

Jorge Rojas habla de cosas bellas y terribles, de los instantes íntimos que permiten a un ser humano experimentar la impecabilidad de la vida y de las eternas y siempre estremecedoras emociones que determinan el tiempo de los hombres: el amor, la muerte, la eternidad. Pero esta vez no es el joven o el hombre maduro que siente "sobre la noche cómo pesa su sangre" o "¡qué afán de elevación tiene su abismo!", sino el poeta alzado en años que mira y presiente y conversa con ausencia que el paso de los años ha acercado o ha enseñado a convocar. El poeta ve las cosas inmediatas y ajenas, presentes y al mismo tiempo teñidas de extrañeza y nostalgia, casi completas en su dualidad sospechada y apenas ahora comprendida. En *El libro de las tredécimas* los objetos y acontecimientos se hacen trémulos en la fragilidad de sus presentes, más que nunca inciertos y contingentes, como el poeta mismo, como el yo universal que se funde al penetrar en sus palabras.

Pero el mundo que nos presenta Jorge Rojas no tiene nada de desvaído, insípido o fatigado. Las cosas, en cambio, brillan con toda intensidad y pureza y los sentimientos palpitan vitales como nunca, al borde mismo del *Presentimiento*:

*Algo tremendo trepa por mis
huesos, [...]
¿A dónde huir? Espero la mañana
que me presta su luz y a donde miro
hay un cerco de espinas que me
aguarda.*

*¡Inútil alma mía! Un torbellino
yo no sé, si de espanto o de
alegría
me cegará. Ofréceme tu auxilio
que el amor o la muerte se
aproxima.*

Amor y muerte siempre celebrados, que juntos e indisolubles conducen la barca del destino final que nos aguarda:

*Este pasar ya nada lo detiene
icemos el amor sobre la barca
para alumbrar la ruta hacia la
muerte.*

El poeta sigue ejerciendo su esperanza. Cercado por intuiciones y presentimientos, cuenta con la certidumbre de su naturaleza y de su lucidez. Su mundo evita licencias de cualquier naturaleza. Despojado y austero, se resuelve en la alegría de ser cierto y de manifestarse así, ante sus propios ojos, que ya no atormenta la ambición, y ante los de quienes se plantan frente a su palabra. *El libro de las tredécimas* fluye continuo y preciso, teñido con influjos de nostalgia, pero lejano del arrepentimiento o la congoja. Regocijo hay en él. Regocijo de ser, de amar, de ignorar, de marcharse cualquier día confundido por los destellos implacables del tiempo.

RAFAEL M. MÉNDEZ BERNAL



Los nombres de nadie

Luna de ciegos. Poemas

Juan Manuel Roca

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1991, 267 págs.

¿Cómo acercarse a un agua con tantas orillas? ¿Cómo develar los nombres múltiples de nadie? *Nadie*, palabra clave para analizar la poesía de Roca. Poesía nocturna y visceral en la que el poeta es "los otros" nombres dichos a veces, a veces tácitos para un rastrea-